

José Ángel Leyva,

Durango, México, 1958.

Catulo en el destierro

(fragmento)

Algo busco entre este montón de eternidades
alguna brizna inmortal en mi cerebro
el filo de unos labios que corten
la soga de mi cuello
mi asfixia
mi ponzoña

TAL VEZ persigo lo inefable
con lujo de detalles
como ola exclusiva en perpetuo movimiento
o la imagen que perdió su semejanza
en el deshielo de sus gestos

Busco una tarde que nunca dé las siete

para arrancar racimos de risas
de muchachas
y en medio de todo ese alboroto
colgar mi locura de una rama
que dé sombra a mí cabeza
mientras muerdo un señuelo de nubes
con ojos golosos de aventuras

Busco en el plano de mis manos
estrellas rutilantes
líneas nuevas
nervaduras de luz
brotes alertas al latido
que comienza a desgastar la fuerza
un remanso donde pueda agitar el tiempo
y sacudir los segundos
que pican mi piel y la envejecen

Busco puentes sin dolor
para cruzar el cauce de un espejo
y ver desde otra dimensión lo que termina

Busco el doblez del verbo
en las proximidades genitales del destino
donde manan los recuerdos

de un idioma adherido a los objetos
Viajo a un punto donde el relámpago
y el trueno se distancian
donde una promesa nos hizo nacer
sin esperanza

Voy hasta una fantástica caverna
para observar los presagios de los sueños
para espulgar la astronomía del alma
Voy a lo inaudito
con el corazón arponeado por la duda

Antes del parto vegetal
desnudos
el día y la noche
copulaban sobre una espiral inexistente
Nacía el uno con el otro
el otro nacía sobre el uno
sin aritmética

No había medida aún
en el recuerdo
lo blanco todavía comulgaba con lo negro
ni lo bueno ni lo malo
cuando no existía la infamia

La vida era una célula
un ir y venir sin estaciones
un punto rodante
en las arterias del olvido

El tiempo inventó su relojero
lo puso de pie
le abrió los poros
colocó en sus manos el pulso
y el cambio de las cosas
lanzó su mirada hacia el futuro
y lo invisible se llenó de sueños
El relojero navegó por su cerebro
Volvió la vista...
la realidad estaba lejos

Sobre la carne viva el universo
espolvorea su sal
adhiera el moho
que escapa por las grietas de la inercia
El movimiento propio ralla
la piel del individuo

un brillo glacial en las pupilas
con filamentos de sorpresa
Musitaba su ternura
entre las formas del viento
Era un arreglo cósmico
en su aparente soledad de niño
Era una mueca de nostalgia
que apagó a la Luna
galaxia de galaxias inmortales
contenida en la hondura de su boca
Alguien descubrió la imagen de sí mismo
cuando vio el reflejo de Dios
un su palabra

Antes de crucificar la piedad
la respiración del silencio
endulzaba la muerte

Bebían los hombres
en las orillas de sus cuerpos
los signos transparentes de la lluvia

Pintaban sus mañanas con el resplandor

divino del relámpago
Oían sonidos de esferas cristalinas
bullicio de premoniciones
océanos que salpicaban
el ojo oracular de la ignorancia
Los poetas hacían malabarismos con los astros
Eran como saltimbanquis en relojes de arena
clepsidras cantando la novedad
de las horas

Caían como gotas de saliva de ese dios atónito
al anunciar una nueva palabra

Se abría la herida en la epidermis
muda del misterio

por donde saltaban como liebres
los gestos de las cosas

y los vocablos del espíritu
Semilla y fruto del ensimismamiento
Esencia y proporción del nombre con su origen

y lo llevaba a dormir
entre sus músculos serenos
a1 lecho emocionado de la sangre

Pero el deseo regurgitó en las sombras

la verdad dudaba de sí misma

sopló la incertidumbre

desmoronó la calma

Partieron gambusinos a explorar su imagen

En los linderos de un parto

hallaron su sentencia funesta

Las señales del viento

garabatos del aire

escondían sus ojos transparentes

a los acuosos silencios

que nacían muriendo

No sabían los nombres del olvido

los cuándo los por qué los dónde

¡Se quebró

la rama

del lenguaje!

Una palabra al comienzo faltaba al diccionario

Hastados de ser niños

los viejos saltimbanquis

se hicieron acertijos

Quitaron las sonrisas del público invidente

los aplausos sin manos

el escenario sin público

las luces de un espectáculo

donde tampoco ellos existen

La sedición despellejó inocencias

Un rostro ingenuo se caía

a pedazos

¿Qué máscara podría quedarle?

qué rictus qué sonrisa idiota

qué corteza inmortal

para no mirar su cráneo?

¿En dónde estaba Dios?

¿Por qué no respondía?

Ayer se fue del mundo

a construir su propio mundo